

EL MODELO AUTOCRÁTICO-BURGUÉS DE TRANSFORMACIÓN CAPITALISTA¹

La relación entre la dominación burguesa y la transformación capitalista es altamente variable. No existe, como se suponía desde una concepción eurocéntrica (que por lo demás sólo era válida para los “casos clásicos” de revolución burguesa), un único modelo básico democrático-burgués de transformación capitalista. Actualmente los científicos sociales saben, y lo han comprobado, que la transformación capitalista no se determina de manera exclusiva en función de los requisitos intrínsecos del desarrollo capitalista. Por el contrario, tales requisitos (sean los económicos, los socioculturales o los políticos) entran en interacción con los diversos elementos económicos (naturalmente extra o pre-capitalistas) y extraeconómicos de la situación histórico-social, característicos de los casos concretos que se consideren, y sufren así bloqueos, selecciones y adaptaciones que delimitan: a) cómo se concretará, histórico-socialmente, la transformación capitalista; b) el patrón concreto de dominación burguesa (incluso, có-

¹ Publicado originalmente como “O modelo autocrático-burguês de transformação capitalista”, en Florestan Fernandes, *A revolução burguesa no Brasil*, prefacio de José de Souza Martins, São Paulo, Globo, 1973, pp. 337-360. Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *A revolução burguesa no Brasil*, prefacio de José de Souza Martins, São Paulo, Globo, 2006, pp. 337-360.

mo podrá ésta componer los intereses de clase extraburgueses y burgueses o, también, los intereses de clase internos y externos, si fuere el caso, y cómo se impregnará de elementos económicos, socioculturales y políticos extrínsecos a la transformación capitalista); c) cuáles son las probabilidades que tiene la dominación burguesa de absorber los requisitos centrales de la transformación capitalista (tanto los económicos como los socioculturales y los políticos) y, a la inversa, cuáles son las probabilidades que tiene la transformación capitalista de acompañar, estructural, funcional e históricamente, las polarizaciones de la dominación burguesa que tengan un carácter histórico constructivo y creador.

Hasta hace poco tiempo sólo eran aceptadas interpretativamente como *revolución burguesa* las manifestaciones que se acercaran típicamente a los “casos clásicos”, en las cuales hubiera el máximo de fluidez y de liquidez en las relaciones recíprocas de la transformación capitalista con la dominación burguesa. Se trataba, cuando menos, de una posición interpretativa unilateral que perdía de vista el significado empírico, teórico e histórico de los “casos comunes”, en los que la revolución burguesa aparece vinculada a modificaciones estructurales y dinámicas condicionadas por la irradiación externa del capitalismo maduro, o de los “casos atípicos”, en los que dicha revolución presenta un engranaje bien diferente del que se puede inferir a través del estudio de su eclosión en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos (como lo demuestran las investigaciones realizadas sobre Alemania y Japón).

Más importante para este capítulo, desde el punto de vista teórico, es la relación entre transformación capitalista y dominación burguesa en los países periféricos de *economía capitalista dependiente y subdesarrollada*. Dos presunciones erróneas han persistido, durante mucho tiempo, limitando la penetración y el tenor explicativo de las descripciones e interpretaciones sociológicas.

Una presunción muy generalizada se refiere al “esquema” de la revolución burguesa. Éste sería idéntico al que se aplica a las sociedades capitalistas centrales y hegemónicas. Según parece, ha prevalecido la idea de que la dependencia y el subdesarrollo serían etapas pasajeras, destinadas a desaparecer gracias al carácter

fatal de la autonomización progresiva del desarrollo capitalista. En este sentido sería legítimo admitir que la periferia dependiente y subdesarrollada tendería a repetir —siempre y cuando se diera la revolución anticolonial y fuera superado el estado inicial de transición neocolonial— la historia de las naciones centrales. Se ha ignorado que la expansión capitalista de la parte dependiente de la periferia está destinada a ser permanentemente remodelada por dinanismos de las economías capitalistas centrales y del mercado capitalista mundial, algo que Rosa Luxemburgo dejó bien claro en su teoría general de la acumulación capitalista.² Y, en segundo lugar, se ha dejado de considerar que la autonomización del desarrollo capitalista exige, como un prerrequisito, la ruptura de la dominación externa (colonial, neocolonial o imperialista).³ Mientras ésta se mantiene, tiene lugar un desarrollo capitalista *dependiente*, cualquiera sea el patrón al que éste tienda, incapaz de saturar todas las funciones económicas, socioculturales y políticas que debería cumplir en la etapa correspondiente al capitalismo. Queda claro que el crecimiento capitalista se obtiene acelerando la acumulación de capital o la modernización institucional, pero manteniendo siempre la expropiación capitalista externa y el subdesarrollo relativo como condiciones y efectos ineludibles. Así mismo, aunque tuviera lugar una autonomización “automática” del desarrollo capitalista, ésta no aseguraría, por sí misma, una vía uniforme de evolución del capitalismo y de consolidación de la dominación burguesa (como sí se puede inferir de la confrontación, ya bien conocida, de los Estados Unidos con Japón).

Por lo tanto, el cuadro general es mucho más complejo de lo que las presunciones iniciales hacían suponer. Y, algo que tiene importancia teórica específica para esta discusión, lo que era esencial, fue descuidado. Se perdió de vista algo que nunca se habría debido olvidarse. Lo que la parte dependiente de la peri-

² Véase Rosa Luxemburgo, *La acumulación de capital*, México, Editorial Grijalbo, 1967.

³ Véase Paul Baran, *A economía política do desenvolvimento econômico*, Rio de Janeiro, Zahar, 1960.

feria “absorbe” y, por lo tanto, “repite” con referencia a los “casos clásicos”, son rasgos estructurales y dinámicos esenciales que caracterizan la existencia de lo que Marx designaba como una economía mercantil, la plusvalía relativa, etc., y la emergencia de una economía competitiva diferenciada o de una economía monopolista articulada, etc. Ello garantiza uniformidades fundamentales sin las cuales la parte dependiente de la periferia no sería *capitalista* y no podría participar de dinámismos de crecimiento o de desarrollo de las economías capitalistas centrales. No obstante, a esas uniformidades —que no explican la expropiación capitalista inherente a la dominación imperialista y, por lo tanto, la dependencia y el subdesarrollo— se les superponen diferencias fundamentales que emanan del proceso por el cual el desarrollo capitalista de la periferia se torna dependiente, subdesarrollado e imperializado, y articula en el mismo patrón a las economías capitalista centrales y a las economías capitalistas periféricas. En un sistema de notación marxista se debe recurrir a estas diferencias (y no a aquellas uniformidades) para explicar la variación esencial y diferencial, es decir, lo que es típico de la transformación capitalista y de la dominación burguesa bajo el capitalismo dependiente. Sólo así se puede poner en evidencia *cómo y por qué* la revolución burguesa constituye una realidad histórica peculiar en las naciones capitalistas dependientes y subdesarrolladas, sin que haya que recurrir a la materialización y a la mistificación de la historia. Allí, la revolución burguesa combina —y no podría dejar de hacerlo— la transformación capitalista con la dominación burguesa. Sin embargo, esa combinación se procesa en condiciones económicas e histórico-sociales específicas que excluyen cualquier probabilidad de “repetición de la historia” o de “descadenamiento automático” de los prerequisites del referido modelo democrático-burgués. A la inversa, lo que se concreta, si bien con intensidad variable, es una fuerte disociación *pragmática* entre desarrollo capitalista y democracia; o bien, si se utiliza una notación sociológica positiva, una fuerte asociación *racional* entre desarrollo capitalista y autocracia. Así, lo que “es bueno” para intensificar o acelerar el desarrollo capitalista entra en con-

flicto, en los comportamientos concretos de las clases poseedoras y burguesas antes que en las orientaciones de valor, con cualquier evolución democrática del orden social. La noción de “democracia burguesa” sufre una redefinición que se ve disimulada en el plano de los *principios*, pero que se impone como una realidad práctica inexorable por la cual se restringe a los miembros de las clases poseedoras que se califiquen económica, social y políticamente para el ejercicio de la dominación burguesa.

La otra presunción errónea se refiere a la propia esencia de la dominación burguesa en las economías capitalistas dependientes y subdesarrolladas. Se han asociado al imperialismo efectos de inhibición de los elementos políticos del capitalismo dependiente (o, alternativamente, de diferenciación regresiva del poder burgués) que no son compatibles con ninguna forma de dominación burguesa, y mucho menos con el tipo de dominación burguesa requerido específicamente por las naciones capitalistas dependientes y subdesarrolladas. Se ha ignorado que la apropiación dual del excedente económico —desde adentro, por la burguesía nacional, y desde afuera por las burguesías de las naciones capitalistas hegemónicas y por su superpotencia— ejerce una tremenda presión sobre el estándar imperializado (dependiente y subdesarrollado) de desarrollo capitalista, provocando una hipertrofia acentuada de los valores sociales y políticos de la dominación burguesa. La extrema concentración social de la riqueza, la canalización hacia fuera de gran parte del excedente económico nacional, la consecuente persistencia de formas pre o subcapitalistas de trabajo y la depresión medular del valor del trabajo asalariado, en contraste con altos niveles de aspiración o con presiones compensadoras de la democratización de la participación económica, sociocultural y política producen, aisladamente y en conjunto, consecuencias que sobrecargan y devoran las funciones específicamente políticas de la dominación burguesa (ya sea en sentido autodefensivo o en una dirección puramente represiva). Se han creado y se crean, de esa manera, requisitos sociales y políticos de la transformación capitalista y de la dominación burguesa que no encuentran contrapartida en el desarrollo

capitalista de las naciones centrales y hegemónicas (incluso donde la asociación de fascismo con expansión del capitalismo evoca el mismo modelo general autocrático-burgués). Bajo este aspecto, el capitalismo dependiente y subdesarrollado es un capitalismo salvaje y difícil, cuya viabilidad se decide, con frecuencia, por medios políticos y en el terreno político. Y, contrario de lo que se ha supuesto y aún se supone en muchos círculos intelectuales, es falso que las burguesías y los gobiernos de las naciones capitalistas hegemónicas tengan algún tipo de interés en inhibir o perturbar tal flujo del elemento político, por el debilitamiento provocado por las burguesías dependientes o por otros medios. Si hicieran esto, estarían fomentando la formación de burguesías de espíritu nacionalista revolucionario (dentro del capitalismo privado) o incentivando transiciones hacia el capitalismo de Estado y hacia el socialismo. Estarían, por lo tanto, trabajando *contra* sus intereses más directos, que consisten en la continuidad del desarrollo capitalista dependiente y subdesarrollado.

Es esencial destacar este hecho, pues el mismo facilita la comprensión de lo que sucedió y de lo que está sucediendo en Brasil y en otros países en situación análoga de América Latina. Lo que podía ocurrir (y a veces ha ocurrido) en la etapa de transición neocolonial no se repetiría después, en particular a medida que la consolidación del mercado interno comportara la transición hacia formas más complejas de desarrollo capitalista (bajo el capitalismo competitivo, y de modo aún más acentuado tiempo después, bajo el capitalismo monopolista). La propia superación de la situación neocolonial ya indica, por sí misma, modificaciones que reflejan la emergencia de una burguesía articulada socialmente sobre bases nacionales; las otras dos transiciones subsiguientes demuestran, por su parte, que la transformación capitalista y la dominación burguesa sufren las gravitaciones que pueden alcanzar bajo el capitalismo dependiente, transformando las evoluciones posibles del poder burgués en una realidad histórica. Por lo tanto, la “debilidad” de las burguesías sometidas e identificadas con la dominación imperialista es meramente relativa. Cuanto más se profundiza la transformación capitalista, más precisan las

naciones capitalistas centrales de “socios sólidos” en la periferia dependiente y subdesarrollada —no sólo de una burguesía articulada internamente sobre bases nacionales, sino de una burguesía muy fuerte para saturar todas las funciones políticas autodefensivas y represivas de la dominación burguesa. Esa necesidad se hace aún más aguda bajo el imperialismo total, inherente al capitalismo monopolista, ya que, después de la Segunda Guerra Mundial, al entrar en una era de lucha por la supervivencia contra los regímenes socialistas, tales naciones pasaron a depender de las burguesías nacionales de las naciones capitalistas dependientes y subdesarrolladas para preservar o consolidar el capitalismo en la periferia. Las burguesías nacionales de esas naciones se han convertido, en consecuencia, en auténticas “fronteras internas” y en verdaderas “vanguardias políticas” del *mundo capitalista* (es decir, de la dominación imperialista bajo el capitalismo monopolista). Pensar que esto acarrea una depresión de los requisitos políticos del capitalismo dependiente es una ilusión. Semejante situación exagera aún más la importancia del elemento político para el desarrollo capitalista dependiente y subdesarrollado. Ya no sólo la posibilidad sino también la persistencia de la transformación capitalista y de la dominación burguesa pasarán por un eje específicamente político. En caso de que las burguesías nacionales de la periferia fracasasen en esa misión política, no habrá capitalismo, ni régimen de clases, ni hegemonía burguesa sobre el Estado. Lo que sugiere que la revolución burguesa en la periferia es, por excelencia, un fenómeno esencialmente político, de creación, consolidación y preservación de estructuras de poder predominantemente políticas, sometidas al control de la burguesía o controlables por ella en cualquier circunstancia. Es por este motivo que, si se considera la revolución burguesa en la periferia como una “revolución frustrada”, como lo hacen muchos autores (probablemente siguiendo implicaciones de la interpretación de Gramsci sobre la revolución burguesa en Italia), es preciso proceder con mucho cuidado (por lo menos, con la objetividad y la circunspección gramscianas). No estamos en la era de las “burguesías conquistadoras”. Tanto las burguesías nacionales de la

periferia como las burguesías de las naciones capitalistas centrales y hegemónicas tienen intereses y orientaciones que van en otra dirección. Ellas quieren *mantener el orden, salvar y fortalecer el capitalismo, impedir que la dominación burguesa y el control burgués sobre el Estado nacional se deterioren*. Semejante reciprocidad de intereses y de orientaciones hace que el carácter político del capitalismo dependiente tenga dos facetas, en realidad interdependientes. Y además, que la revolución burguesa “atrasada”, de la periferia, se vea fortalecida por dinanismos especiales del capitalismo mundial y lleve, de un modo casi sistemático y universal, a acciones políticas de clase profundamente reaccionarias, por las cuales se revela la esencia autocrática de la dominación burguesa y su propensión a salvarse mediante la aceptación de formas abiertas y sistemáticas de dictadura de clase.

Llegamos aquí a un punto general de enorme importancia teórica. Las revoluciones burguesas “atrasadas” de la parte dependiente y subdesarrollada de la periferia no se vieron solamente afectadas por las modificaciones que hubo en la estructura del mundo capitalista avanzado. Es cierto que las transformaciones ocurridas en las economías capitalistas centrales y hegemónicas vaciaron históricamente, de modo directo o indirecto, los roles económicos, sociales y políticos de las burguesías periféricas. Éstas se han quedado sin base material para concretar tales roles, gracias a los efectos convergentes y multiplicativos de la canalización del excedente económico nacional, de la incorporación al espacio económico, cultural y político de las naciones capitalistas hegemónicas y de la dominación imperialista. He aquí el quid de la cuestión, desde este ángulo: el porqué del carácter de atraso de las revoluciones burguesas en la periferia dependiente y subdesarrollada del mundo capitalista. Pero existe otra cara de la moneda. A aquel atraso de la revolución burguesa le corresponde un “avance de la historia”. Las burguesías que recién ahora llegaron a la cima de sus posibilidades —y en condiciones tan difíciles— se han visto como auspiciadoras de una transformación del orden que ha perdido todo su significado revolucionario. Éste forma parte de la “revolución burguesa” porque se integra en un proce-

so que se prolonga en el tiempo y se refleja en las contradicciones de las clases que históricamente se enfrentan con objetivos antagónicos. En el fondo, tales burguesías pretenden concluir una revolución que para otras clases encarna actualmente a la propia contrarrevolución. La mayoría ya no es ciega, incluso cuando comparte las “opciones burguesas” o si se vuelve abiertamente contra ellas, identificándose con las esperanzas creadas por el socialismo revolucionario o por el reformista.

En esas condiciones, *hay una coexistencia de revoluciones antagónicas*. Una, que proviene del pasado y llega a su fin sin mayores perspectivas; la otra, que echa raíces directamente sobre “la construcción del futuro en el presente”. No se deben ignorar —descriptiva ni interpretativamente— las implicancias que tal hecho trae aparejadas, ni las repercusiones que un encadenamiento de esa naturaleza desata en la esfera concreta de las relaciones de clases. Contrario de lo que se supone, las burguesías no son, bajo el capitalismo dependiente y subdesarrollado, meras “burguesías compradoras” (típicas de situaciones coloniales y neocoloniales, en sentido específico). Ellas mantienen un fuerte poder económico, social y político, de base y de alcance nacionales; controlan la maquinaria del Estado nacional y cuentan con soporte externo para modernizar las formas de socialización, de cooptación, de opresión o de represión inherentes a la dominación burguesa. De esta manera, se hace muy difícil desplazarlas políticamente mediante presiones y conflictos mantenidos “dentro del orden”, y es casi imposible usar el espacio político, garantizado por el orden legal, para hacer estallar las contradicciones de clase, agravadas por las referidas circunstancias. El “retraso” de la revolución burguesa en la parte dependiente y subdesarrollada de la periferia adquiere, así, una connotación política especial. Allí la burguesía no está solamente luchando para consolidar ventajas de clase relativas o para mantener privilegios de clase. Ella lucha simultáneamente por su supervivencia y por la supervivencia del capitalismo. Esto introduce un elemento político en sus comportamientos de clase que no es típico del capitalismo, principalmente en las etapas de maduración económica, sociocultural y política

de la dominación burguesa en Europa y en los Estados Unidos. Esa variación puramente histórica es, no obstante, central para entender el creciente divorcio que se da entre la ideología y la utopía burguesas y la realidad creada por la dominación burguesa. Entre la ruina final y el fortalecimiento, esas burguesías no tienen mucha elección propiamente política (es decir, “racional”, “inteligente” y “deliberada”). El *idealismo burgués* debe ser echado a un lado, con sus compromisos más o menos fuertes con cualquier reformismo auténtico, con cualquier liberalismo radical, con cualquier nacionalismo democrático-burgués más o menos congruente. La dominación burguesa se le revela a la historia, entonces, bajo sus rasgos irreductibles y esenciales, que explican las “virtudes”, los “defectos” y las “realizaciones históricas” de la burguesía. Su inflexibilidad y su decisión a la hora de emplear la violencia institucionalizada en defensa de *intereses materiales privados*, de *finés políticos particularistas*, y su coraje de identificarse con formas autocráticas de autodefensa y de autoprivilegiamiento. El “nacionalismo burgués” estrena, así, un último giro, fusionando la república parlamentaria con el fascismo.

Sin lugar a duda, ello nos coloca delante del *poder burgués* en su manifestación histórica más extrema, brutal y reveladora, que se ha hecho posible y necesaria gracias a su estado de paroxismo político. Un poder que se impone sin tapujos, de arriba abajo, recurriendo a cualquier medio para prevalecer, erigiéndose a sí mismo en fuente de su propia legitimidad y convirtiendo, por fin, el Estado *nacional y democrático* en un instrumento puro y simple de una dictadura de clase preventiva. Nos guste o no, esa es la realidad que nos toca observar, y delante de ella no podemos hacernos ilusiones. Lo máximo que se podría decir es que la democracia y las identificaciones nacionalistas pasarían por ese poder burgués si la transformación capitalista y la dominación burguesa hubieran asumido (o pudieran asumir), al mismo tiempo, otras formas y ritmos históricos diferentes.

Las conexiones de la dominación burguesa con la transformación capitalista se modifican de manera más o menos rápida, en la medida en que se consolida, se diferencia y se irradia el capita-

lismo competitivo en Brasil y, en especial, en que se profundiza y se acelera la transición hacia el capitalismo monopolista. El elemento central de la transformación fue, naturalmente, la emergencia de la industrialización como un proceso económico, social y cultural básico, que modifica la organización, los dinamismos y la posición de la economía urbana dentro del sistema económico brasileño. La hegemonía urbana y metropolitana aparece, desde este ángulo, como un subproducto de la hegemonía del complejo industrial-financiero. Ese proceso no transforma solamente los dinamismos económicos, socioculturales y políticos de las grandes ciudades con funciones metropolitanas. El mismo acarrea, y seguidamente intensifica, la concentración de recursos materiales, humanos y técnicos en tales ciudades, dando origen a fenómenos típicos de metropolización y de satelitización bajo el capitalismo dependiente. Tales fenómenos demuestran, principalmente, que las relaciones de las ciudades con la economía agraria y con el respectivo complejo urbano-comercial cambian sin promover la disgregación propiamente dicha del carácter doblemente articulado de la economía capitalista dependiente.

La modificación de las conexiones entre dominación burguesa y transformación capitalista, que pueden ser vistas y descritas tanto estructural como dinámicamente, ha obedecido, en el caso brasileño, a ritmos históricos que son característicos de las economías nacionales dependientes y subdesarrolladas: los cambios se extienden por un largo período de tiempo y determinan un patrón de industrialización que sufre oscilaciones coyunturales, intermitencias estructurales e inconsistencias institucionales, es decir, con un débil impulso intrínseco de diferenciación, aceleración constante y universalización del crecimiento industrial. En consecuencia, su impacto histórico se hace más evidente en la superficie, en términos morfológicos, gracias a la concentración de masas humanas, de riquezas y de tecnologías modernas en un número reducido de metrópolis clave. De hecho, sólo São Paulo capitalizó las transformaciones esenciales, de larga duración; y el cambio fundamental del escenario se refleja, de modo general, más en la cima del sistema de clases, pues sólo los grupos con

posiciones estratégicas (centrales o mediadoras e intermediarias) en el *ciclo económico de la industrialización intensiva* tuvieron un aumento efectivo (en realidad desproporcionado) del poder socioeconómico y político.

Este cuadro sugiere que sería legítimo retomar la técnica analítica y expositiva explorada en la primera parte de este ensayo para encarar los últimos tres cuartos de siglo como una unidad inclusiva, a efectos de realizar una descripción sociológica. Tal orientación tendría a su favor el hecho de facilitar la confrontación directa de la presente “época de la industrialización” con la pretérita “época de la emancipación nacional”. El resultado teórico de la confrontación es obvio. Éste revelaría que bajo la situación de dependencia —tanto bajo la dominación neocolonial como bajo la dominación imperialista— los estratos sociales dominantes y sus elites no tienen autonomía para conducir y completar la revolución nacional, y oscilan históricamente, por lo tanto, entre un callejón sin salida y otro. Sin embargo, semejante conclusión no representa un dato teórico nuevo ni un resultado al que sólo se pueda arribar por la vía expositiva indicada. Por ello, le hemos dado preferencia a una técnica analítica y expositiva menos elegante, que hace perder, aparentemente, el sentido de la unidad histórica. Pero ésta permite enfocar mejor las múltiples facetas de las diversas cadenas de factores y efectos histórico-sociales específicamente vinculados a la imbricación pluridimensional y en constante mutación de la dominación burguesa con la transformación capitalista. Para que la exposición no llevara a una descripción sociológica fragmentaria, que desintegrara hechos y procesos sociales considerados analíticamente como totalidades interdependientes, tomamos cuatro temas estratégicos para presentar, sumariamente, las conclusiones a las que hemos llegado. Consideramos que de esta manera hemos dado con el mejor recurso expositivo para ubicar la naturaleza y las consecuencias de los dilemas políticos que enfrentan las clases burguesas y el poder burgués en la era misma del “milagro económico”.